

¡HÍJOLE, QUÉ CHINGA!

¡ HÍJOLE, QUÉ CHINGA!

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998

¡HÍJOLE, QUÉ CHINGA!

¡ Híjole, qué chinga! Ahí viene otra vez Doña María con sus eternas quejas, y yo sin poder decir que no estoy, que fui a otro lado. Antes de que empiece ya sé con lo que me va a salir, que su marido la golpeó, que no le da lo necesario, que sus hijos están enfermos, que nadie la quiere y para terminar de seguro me va a pedir ayuda. Cómo si todo eso no se lo hubiera buscado ella misma. Quién la manda tener tantos hijos estando la ciencia tan adelantada. Para eso hay condones. A mí que no me salga con que su marido la obliga a tenerlos; esos son puros cuentos. Lo cierto que ella cree que así lo va a tener bien amarrado sin saber que lo que debería hacer es adelgazar y ponerse guapa. Por pendeja se lo tiene merecido.

Y ahora miren a quién tengo en frente de mí, al mismísimo Don Pedro Garcimartínez. A que quiere que lo aconseje como invertir su dinero para que le reditúe más y de paso le consiga un remedio para su próstata. ¡Viejito cabrón! Como si yo no supiera que ha robado a medio mundo y que su tumor es por causa de tantas viejas con las que se ha acostado; bien ganado que se lo tiene.

¿Y estos escuincles? Seguro que lo mandó su madre; como si no tuviera uno bastante con tantos viejos y viejas que nomás vienen a fregar todo el santo día pidiendo hasta lo que no, desde que les consiga trabajo hasta que se muera el casero al que le deben varios meses de renta, cómo si todo fuera tan fácil. Crea fama... A ver niños, ¿qué demonios quieren? Pero antes de hablar límpiense los mocos...¡ No en mi ropa cabroncitos! Repito la pregunta, ¿qué quieren? ¿Juguetes? Pídanse los a sus padres que para eso están y, si es que todavía creen en milagros, a Santa Claus o a los Reyes. ¡Fuera de aquí! Pero rapidito.

Qué tal Doña Chole. ¿A que otra vez se peleó con su nuera? No le digo. Cuántas veces tendré que repetirle que no se meta con ella. A usted qué carajos le importa si ella mal educa a los niños o si no los lleva a misa y los obliga a confesarse. Eso, señora de mi alma, no es de su incumbencia, déjela en paz. Nadie se ha muerto por no asistir a misa o por no confesarse, en cambio sí muchos de los que asisten a ella, ya sea por

¡HÍJOLE, QUÉ CHINGA!

contagios, por apretones o de un infarto al recordar lo que han hecho en sus vidas. Váyase a su casa y en lugar de murmurar haga algo útil como atender a su pobre marido

Nada más esto me faltaba el día de hoy ¡Raulito, el maricón! Espero que no venga a pedirme que le consiga novio, y menos a un negro que son los que lo ponen loco. No, de seguro viene a pedir que ya no se le caiga el cabello. ¿Y a mi qué me dices? Vete a Liverpool y cómprate un bisoñé. Lo puedes comprar rubio, te iría bien. Chao.

Primero el montón de gente y ahora nadie. Qué hueva. Cuando llegué a este lugar venían muchos a contarme historias, la neta que algunas bien interesantes, pero después lo de siempre: enfermedades, pobreza, engaños, odios, falsos arrepentimientos, juramentos, chismes y más chismes. Y todos exigiendo que yo les arregle todo, como si ellos estuvieran mancos o cojos. Qué fácil pedir y que difícil dar. Ahora que prefiero oír a las viejas que a esa bola de hüevones que quieren, como los niños, que todo se les dé ya hecho. Esos son los más exigentes, los que piden que todo les sea concedido a plazo fijo y tal como ellos lo desean, nada de medias tintas. Creo que voy a renunciar a esta chamba o por lo menos voy a ponerme una temporada en huelga. Lástima que el patrón sea tan estricto y no nos dé un minuto de descanso. Los obreros ya consiguieron por medio de su sindicato trabajar sólo cuarenta horas a la semana, pero nosotros, como somos frilans, nos tenemos que joder todo el tiempo. Los días festivos, en lugar de irse uno de paseo tiene que trabajar más horas y no se diga los domingos. Esos días se tiene que soportar a miles de gentes, aguantar el calor y la peste, y por si no fuera poco, en más de una ocasión hasta con el peligro de que lo tatemén con sus malditas velas. No sé a quién se le ocurrió que a nosotros, los santos, nos gustaba la lumbre. Esa es para Satanás. Nosotros tenemos la luz divina y esa nos basta.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1988